

GORILAS

David Barzallo

Los pensábamos derrotados, relegados a sus cuarteles y a los desfiles patrios, pero con los gorilas nunca se sabe. En el rato menos pensado alguien les recuerda que el verdadero poder oculto en esta sociedad patas arriba suele venir de los fusiles, y entonces ellos se lo creen y se arman hasta los dientes con metralletas y mentiras, y salen a la calle disparando a las palomas por cagarse —dicen— con toda libertad en las estatuas de sus próceres.

Pero como las palomas no son suficientes, entonces deciden cargar contra las muchachas que cruzan por la calle porque la libertad de su cabello los molesta, y contra los desocupados que silban bajo los árboles porque su tiempo libre los irrita, y contra los estudiantes por sus mochilas llenas de esperanza, y contra los soñadores porque cada soñador les resta un arma, y contra los profesores de filosofía, y los músicos ambulantes porque nunca entendieron la ternura de las hojas y de las teclas. Y de vez en cuando, es decir cuando ya son bastantes y han sido bien amaestrados por sus titiriteros de oropel, entonces los gorilas deciden simplemente que ya está bueno de tanta democracia.

No importa de dónde sean ni de dónde vengan, ni si en sus hombros cargan metralletas o bazucas; los gorilas funcionan igual bajo cualquier bandera, como si una deidad supranacional los controlara. El ejército tiene su razón de ser en el fascismo y la dictadura, dictatoriales son sus designios y autoritario su funcionamiento, y aún así, paradójicamente, son los encargados de tener en todo el mundo la última palabra sobre la democracia. Si el general de turno lo quiere, pues ella vive, si no, ahí nos queda Honduras como el último y más desgarrador ejemplo de hasta donde puede llegar la miseria humana de los oligarcas que, misteriosamente, suelen ser buenos amigos y excelentes proveedores para los gorilas y sus amos.

El golpe de Estado en el país centroamericano nos recuerda que los verdaderos enemigos de la democracia son los que más hipócritamente la invocan y “defienden”.

A pesar de lo increíblemente absurda que resulta la excusa de los golpistas (al fin de cuentas resulta ahora que preguntar a la gente ha sido en Honduras un delito); a pesar de que utilizaron una treta adolescente al falsificar una firma que ni se parece a la original; a pesar de que hasta los mismos gringos han dicho que únicamente reconocen a Zelaya como presidente legítimo, a los gorilas hondureños y sus prósperos titiriteros de turno no les parece importar mucho y a estas alturas, Michelletti, el impostor presidencial, aprovechó la falsa legitimidad que cadenas como CNN le han brindado al calificar al golpe como “sucesión forzada” y aprovechando también el dominio que sus copartidarios tienen sobre las empresas privadas de radio y televisión. Los gorilas, por supuesto, animados por las promesas de su nuevo dueño, se han tomado las calles para dispersar o lo que es peor aplastar a la sociedad civil que se ha reunido para exigir que no les roben su democracia. Cosa extraña, por cierto, ya que algo bueno habrá tenido

el presidente Zelaya para que haya quien se arriesgue a tomar su bandera y enfrentarse con ella a las bombas y a las balas. No recuerdo que nadie haya tenido ese patriotismo con Abdalá, Jamil o Lucio, tal vez porque a estos tres nefastos personajes los mandó sacando el pueblo desde las plazas y los barrios, desde las cacerolas y los pitos.

En Honduras, en cambio, al pueblo lo madrugaron un puñado de banqueros, empresarios y generales, que durante mucho tiempo analizaron las experiencias de sus vecinos (debieron haber visto toda la información de la Venezuela del 2002) y finalmente se dieron cuenta de que cuando la gente se vuelve peligrosamente democrática, la única respuesta efectiva son los gorilas.

El ejército tiene su razón de ser en el fascismo y la dictadura, dictatoriales son sus designios y autoritario su funcionamiento, y aún así, paradójicamente, son los encargados de tener en todo el mundo la última palabra sobre la democracia.

